

# **José Martí**

## **FORJADOR DE PUEBLOS**







**José Martí**  
**FORJADOR DE PUEBLOS**



**Ramón de Armas**



La Habana, 2018

Edición: SILVIA AGUILA FONSECA Y MAIA BARREDA SÁNCHEZ  
Corrección: REGINA ARANGO ECHEVARRÍA  
Diseño de cubierta: RAYMUNDO GUERRERO MARRERO  
Diseño interior: ILEANA FERNÁNDEZ ALFONSO  
Composición: ALINA FUENTE HERNÁNDEZ

Primera edición, 2000  
Segunda edición, 2013

Sobre la presente edición:  
© Centro de Estudios Martianos, 2018

ISBN: 978-959-271-285-0

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS  
Calzada 807, esquina a 4,  
El Vedado, CP 10400,  
La Habana, Cuba  
Telf.: (53) 7 836 4966 al 69  
Fax: (53) 7 833 3721  
E-mail: cem@josemarti.co.cu  
editorial@josemarti.co.cu  
www.josemarti.cu



Hijo de valenciano e isleña de Canarias, el cubano José Martí (1853-1895) es considerado uno de los más importantes pensadores del continente americano. Sus revolucionarias ideas sociales, la profundidad de sus concepciones anticolonialistas, y su ininterrumpido bregar por alcanzar no solo la más absoluta independencia política, sino —además— la no dependencia económica y cultural de la totalidad de Iberoamérica, dan a su pensamiento una sorprendente vigencia, incluso para el análisis y la búsqueda de soluciones a muchos de los problemas que la humanidad todavía enfrenta hoy, en los umbrales mismos del siglo XXI.



Su valiosísima y extensa obra de producción literaria, por otra parte, le ha convertido en una de las figuras mayores de las letras castellanas de la segunda mitad del pasado siglo, y le ha merecido ser considerado como “el acontecimiento cultural más importante de la América Latina en el siglo XIX”.

Las ideas de José Martí recogen y continúan las de Simón Bolívar y otros próceres de la lucha hispanoamericana por la independencia. Su acción política está marcada por un siempre presente sentido ético y de justicia social. En Martí ello va definitiva e indisolublemente unido a la defensa y reivindicación de las clases más desposeídas y humildes de los países del sur del continente americano, y sirve, además, de muy firme base a una ineludible y sostenida defensa de la independencia nacional y cultural de sus pueblos.

Desde sus años de adolescente, José Martí inició en la colonia cubana un largo bregar



independentista que le condujo de inmediato al presidio político, a los trabajos forzados de la cárcel, y a un exilio de más de dos décadas que comenzó a los diecisiete años de edad, y se extendió, de hecho, hasta el final mismo de su breve e intensa vida.

Deportado a España (1871-1874), logró cursar estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, en el Instituto de Zaragoza y en la Universidad de esta ciudad, donde obtuvo el grado de Bachiller, y los de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, y Filosofía y Letras.



Su experiencia vital facilitó el conocimiento directo de la realidad continental americana. En México (1875-1876) se destacó como periodista y profundo analista de la sociedad mexicana y de las especificidades de la América antes española. Entre 1877 y 1878 se radicó en Guatemala, allí ejerció la docencia universitaria y preuniversitaria. Posteriormente —y por



única vez después de su deportación— pudo establecerse en La Habana durante unos pocos meses, hasta que en 1879 fue nuevamente deportado a España por su actividad conspirativa en la organización de una nueva etapa de la guerra de Cuba por su liberación nacional. En 1880 vivió unos meses en Nueva York, y se radicó en Caracas durante la primera mitad de 1881. A partir de ese año se estableció definitivamente en los Estados Unidos, donde continuó laborando en la reorganización de las fuerzas independentistas cubanas. Por su intensa labor política, educativa y concientización entre los más amplios sectores de emigrados cubanos y puertorriqueños —muy particularmente entre los cubanos negros de la emigración revolucionaria establecida en Nueva York— sus propios contemporáneos, le dieron, en vida, los honrosos calificativos con los que posteriormente le ha caracterizado su pueblo, y con los que se le designa en Cuba, en las Antillas y en la





América Latina aun en nuestros días: el Apóstol y el Maestro.

Pocas semanas después de reiniciarse, en febrero de 1895, la guerra revolucionaria para lograr la independencia de Cuba y auxiliar a Puerto Rico en la suya propia, José Martí llegaba al extremo oriental del país en una pequeña expedición procedente de otra siempre solidaria Antilla: la vecina República Dominicana. Caía pocas semanas más tarde, el 19 de mayo, en el combate de Dos Ríos, como culminación de una vida en la que su muy definida toma de partido junto a los humildes y desposeídos de su patria caribeña —y de los demás países de la América Latina— había desempeñado un papel determinante.



Al morir a los cuarenta y dos años de edad, José Martí había penetrado, con visión sorprendentemente anticipadora —y como verdadero precursor— en la comprensión de las realidades económicas y sociales del continente americano, y de los peligros que sobre la parte sur del

mismo ya se cernían en aquellos momentos. Y había podido alentar a sus contemporáneos acerca de:

1. La necesidad de que los pueblos latinoamericanos y caribeños lograsen alcanzar su propio desarrollo por vías autóctonas, nacidas de sus propias realidades sociales, políticas y económicas, sin imitar ni copiar fórmulas ajenas y sin transitar caminos que —como el camino históricamente recorrido por la sociedad estadounidense— habían llevado a José Martí a afirmar, aún durante su primera deportación a España, y en fecha tan temprana como diciembre de 1870:

Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!

2. La urgencia de desarrollar una firme resistencia a la penetración económica de la América Latina por los Estados Unidos, para lo cual denunció en su momento, y en la medida que surgían, los diversos mecanismos de penetración y dominio económico que —como diferentes convenios y tratados de reciprocidad que fueron implementados en la época— eran utilizados por los expansionistas estadounidenses, y que Martí fue sistemáticamente detectando. Había definido que, en la América Latina, a pesar de la supuesta independencia política y de haber alcanzado la condición republicana, “la colonia continuó viviendo en la república”, y para poder detener aquella penetración, las repúblicas latinoamericanas debían eliminar las estructuras productivas que venían arrastrando desde los años de dependencia colonial: estas no solo



estaban en la raíz de los más graves problemas sociales de aquellos países, sino que generaban, constantemente, dependencia. Y de ahí que “urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.

3. La necesidad de unión estratégica de los pueblos iberoamericanos y caribeños: “Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto”. Este reclamo se convierte en un urgente y dramático llamado a la unidad y la acción conjunta cuando en 1889 adquiere ya un carácter abierto, verdaderamente desembozado, la fuerte ofensiva expansionista del naciente imperialismo estadounidense, al que José Martí alcanzó a llamar por su nombre, y cuyos principales rasgos pudo precisar y caracterizar, muy tempranamente, dentro del contexto internacional de la época.
- 



En consecuencia, José Martí, elaboró y propuso a lo largo de su extensa y aún poco conocida obra escrita, una estrategia continental para la más auténtica, democrática y autóctona transformación revolucionaria de la América Latina y de las relaciones entre las dos secciones opuestas —el norte y el sur— del Continente.

El primer caso o momento en la realización de esta estrategia vendría dado por el establecimiento en Cuba y en Puerto Rico —las últimas colonias españolas en América— de dos repúblicas de absoluta independencia, concebidas para la paz y el trabajo. Tanto la una como la otra estarían organizadas —de acuerdo con las concepciones de José Martí— a partir de buscar y encontrar soluciones propias a los problemas nacidos de sus específicas realidades nacionales, y estarían ajustadas a las características particulares de su sociedad. A su vez, ambas repúblicas —además de servir de propuesta (que no de modelo) para el conjunto de los países latinoamericanos— habrían de alcanzar, de ser posible,



el objetivo estratégico continental que rigió la vida y la acción política de José Martí:

impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente [...]

De acuerdo con ese objetivo, Martí había logrado organizar y fundar en 1892 —entre la emigración revolucionaria antillana radicada en los Estados Unidos, en la República Dominicana, en Jamaica, en Costa Rica, en México y en otros países de América y de Europa, y después de más de una década de laborar por ello— el Partido Revolucionario Cubano: el primer partido político nacido, sin fines electorales, para organizar y dirigir una guerra de independencia, hacer una revolución popular, e intentar alcanzar, como objetivo estratégico mayor, la

no dependencia económica, política y cultural de los pueblos de la América Latina.

En José Martí, toda su acción de transformación social y de liberación nacional y continental, tuvo un firme y sostenido basamento ético (además de económico y social) que le permitió convocar a la guerra por la independencia de Cuba y Puerto Rico, propugnar la transformación integral de la grave situación continental a él contemporánea, y llamar a hacerlo sin odios, y con gran respeto hacia los pueblos de las potencias cuya presencia subordinadora en tierras latinoamericanas y caribeñas Martí aspiraba a impedir, o —al menos— obstaculizar.

En el caso concreto de los pueblos de España —y así quedaba recogido en los documentos programáticos de la revolución independentista— quedaba claro que:

En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su



casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república [cubana] será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra.



Para Martí —y al expresarlo, reflejaba el sentir de los cubanos y puertorriqueños por cuya independencia bregaba—:



No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre; [...] contra el transeúnte arrogante e ingrato, no contra

el trabajador liberal y agradecido. La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España.

Las ideas de José Martí han quedado expresadas en una extensa obra escrita, que hasta el momento, abarca veintisiete volúmenes. Ensayos políticos como el trascendente artículo programático titulado “Nuestra América”, crónicas periodísticas para importantes publicaciones de Buenos Aires, Montevideo, México, Caracas, Nueva York o Madrid; artículos de análisis de muy diversos aspectos de la realidad política, social, económica y cultural de los países latinoamericanos y de los Estados Unidos (como es el caso de sus famosas *Escenas norteamericanas*), ensayos biográficos y semblanzas de pensadores, figuras políticas, creadores y héroes de ambas secciones del continente americano, de Europa y de las más lejanas latitudes —como la India y el antiguo Vietnam—, artículos de crítica literaria, artística y científica, y los

escasos discursos cuyos textos han llegado hasta nuestros días, dan cuerpo a una muy rica y fructífera labor de creación que es inseparable de su quehacer revolucionario y de su pensamiento político y social.

En su importante obra literaria —que lo convierte en una figura mayor de la lengua castellana de la segunda mitad del siglo XIX— se destacan los poemarios *Ismaelillo* y *Versos sencillos*, y un mensuario enteramente redactado por él, dirigido a los niños latinoamericanos: *La Edad de Oro*.

Siempre en pos de su objetivo de buscar en la propia realidad nacional de cada país las soluciones a los problemas sociales, políticos y económicos que esa realidad genere, con esa revista escrita para los niños de la América antes española José Martí aspiraba (según palabras suyas de 1889) a impulsar aquello

a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales,



criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.



Martí había comprendido la especificidad de la realidad americana, y sabía que “ni de Rosseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma”, de ahí, también, que pudiera denunciar la incapacidad e impotencia de



los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro

del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.

Para Martí

el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. [...] El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Y sin ignorar, ni desdeñar, ni menospreciar, la experiencia histórica acumulada por la Humanidad, el revolucionario cubano proponía:

“Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”.

Es el mismo reclamo de autoctonía que había caracterizado sus años de periodismo en México, cuando recién llegado de su primera deportación a España, exigía:

A propia historia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras. No se ate servilmente el economista mexicano a la regla, dudosa aun en el mismo país que la inspiró. Aquí se va creando una vida; créese aquí una economía. Álzanse aquí conflictos que nuestra situación peculiarísima produce: discútanse aquí leyes, originales y concretas, que estudien, y se apliquen y estén hechas para nuestras necesidades exclusivas y especiales.

Tales ideas han estado en la base de la estrategia revolucionaria que para la totalidad del

continente americano José Martí concibe, y de la guerra de liberación nacional que para su patria chica cubana y su otra Antilla hermana —Puerto Rico— organiza y prepara.

Lo hace sabiendo que, en esa guerra “Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario”.

Y lo hace sabiendo —también— que

En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.

Tal fue el soporte y el sustento en que se afinca y arraiga la decisión de los cubanos de entonces de lanzarse a la lucha por la independencia y la liberación nacional de su patria con el propósito

“de aprovechar la libertad en beneficio de los humildes, que son los que han sabido defenderla”. Con ello, Cuba asumía también —y ya para siempre— una de las más íntimas y entrañables decisiones de aquel antillano mayor que fue un verdadero forjador de su pueblo.

*Con los pobres de la tierra  
Quiero yo mi suerte echar:  
El arroyo de la sierra  
Me complace más que el mar.*

